

Domingo de la Santísima Trinidad

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Señor, me pongo en tus manos y me dispongo a escuchar tu Palabra. Envíame tu Espíritu Santo que me ilumine en esta lectura espiritual para que me haga descubrir lo que me quieres decir con este texto bíblico y pueda encontrar tu voluntad y vivirla con alegría. Amén.*

LEE

Con pausa, lee el evangelio varias veces, hasta que empieces a entenderlo. Dale tiempo al texto:

Jn 16,12-15

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «¹² Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; ¹³ cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir. ¹⁴ Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. ¹⁵ Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que recibirá y tomará de lo mío y os lo anunciará».

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

Celebramos hoy la solemnidad de la Santísima Trinidad. El misterio de la Trinidad nos introduce en la misma intimidad de Dios. Este misterio no ha sido revelado de golpe. En el AT no se sabía nada de la existencia de tres Personas en Dios. Con todo, esta revelación estaba preparada en él.

Jesús habla en el evangelio de hoy del Espíritu Santo que deberá venir, que el Padre enviará en su nombre. Jesús le llama **“el Espíritu de la verdad”**, esto es, el Espíritu que revela todo el misterio de Dios. Y promete también a los apóstoles: **“cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena”**. Así suscita en sus corazones un fuerte deseo de recibirlo.

El modo en que Jesús habla del Espíritu de la verdad muestra la unión y la distinción entre las Personas divinas. Dice Jesús: **“Él me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo anunciará”**. En estas palabras tenemos una revelación de la Trinidad: se menciona al Padre, a Jesús, en cuanto Hijo del Padre, y al Espíritu, que toma de lo que pertenece al Padre y a Jesús para anunciarlo a los discípulos.

Toda la existencia terrena de Jesús y su muerte tuvieron como fin comunicarnos el Espíritu Santo, que nos introduce en el amor de Dios. El Espíritu nos manifiesta el amor que Dios nos tiene y suscita en nuestros corazones el amor a Dios y a los

hermanos. De este modo nos hace entrar en la vida íntima de Dios, no de una manera teórica, sino real.

Toda nuestra vida cristiana está marcada por la Trinidad. Hemos sido bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El bautismo nos ha introducido en el misterio de la Trinidad, en la comunión de amor de las tres Personas divinas. Y los sacramentos que recibimos después del Bautismo – la Eucaristía en particular – sirven para reforzar nuestra comunión con la Trinidad.

En la Eucaristía pedimos al Padre que envíe al Espíritu Santo a fin de que el pan y el vino que ofrecemos se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Y lo pedimos para que, al recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesús, nos transforme el Espíritu Santo y nos introduzca de un modo cada vez más profundo en la vida de amor de la Trinidad.

Pidamos al Señor que nos haga apreciar este don verdaderamente extraordinario del conocimiento de su vida íntima. Nosotros tenemos no solo el privilegio de conocerla, sino también el de participar en ella. **“Dios es amor: quien conserva el amor permanece con Dios y Dios con él”**, dice la primera carta de Juan (1Jn 4,16).

HABLA CON DIOS (REZA)

Vuelve a leer el texto e imagínate todo como si presente te hallaras. ¿Qué papel juegas tú en la escena? Agradece, contempla, adora a Jesús.

La Solemnidad de hoy nos sitúa ante el misterio de Dios. ¿Quién es Dios? Ciertamente, su ser desborda completamente nuestra capacidad de comprensión. Dios está por encima de todo y no hay entendimiento capaz de abarcarlo.

Es un misterio insondable que no deja de atraer nuestra atención y en el que solo podemos penetrar si nos dejamos envolver por él. El misterio de la Trinidad nos manifiesta que Dios es amor infinito y que tanto nosotros como todo lo creado existimos porque él ha querido comunicar su bondad. Que Dios se dé a conocer en su trinidad de Personas nos dice que desea que entremos en relación con él, pues, aunque siempre seremos criaturas suyas, nos quiere introducir en su intimidad.

Jesucristo, el Hijo eterno e **«imagen del Dios invisible»**, ha compartido nuestra existencia, nos ha mostrado al Padre y nos ha enviado al Espíritu Santo. Este ha venido a nosotros como un don para encender nuestros corazones en el mismo amor de Dios y para que vivamos en comunión con él. Y es el Espíritu Santo el que nos conduce al verdadero conocimiento de Jesucristo, en quien el Padre ha mostrado su amor al mundo y que glorificó a su Hijo con su resurrección y ascensión.

Padrenuestro, avemaría, gloria.

Lecturas del Domingo de la Santísima Trinidad

Pro 8,22-31

Esto dice la Sabiduría de Dios: «El Señor me creó al principio de sus tareas, al comienzo de sus obras antiquísimas. En un tiempo remoto fui formada, antes de que la tierra existiera. Antes de los abismos fui engendrada, antes de los manantiales de las aguas. Aún no estaban aplomados los montes, antes de las montañas fui engendrada. No había hecho aún la tierra y la hierba, ni los primeros terrones del orbe. Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba la bóveda sobre la faz del abismo; cuando sujetaba las nubes en la altura, y fijaba las fuentes abismales; cuando ponía un límite al mar, cuyas aguas no traspasan su mandato; cuando asentaba los cimientos de la tierra, yo estaba junto a él, como arquitecto, y día tras día lo alegraba, todo el tiempo jugaba en su presencia: jugaba con la bola de la tierra, y mis delicias están con los hijos de los hombres».

Salmo 8 Señor, Dios nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra! **R**

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado. ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él? R

Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos. Todo lo sometiste bajo sus pies. R

Rebaños de ovejas y toros, y hasta las bestias del campo, las aves del cielo, los peces del mar que trazan sendas por el mar. R

Rm 5,1-5

Hermanos: Habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.